

# LA VOZ DE LUCENA

Periódico semanal Liberal, Democrático Independiente consagrado á los intereses morales y materiales de Lucena y su Distrito

No se devuelven los originales.—La correspondencia al Fundador y Administrador, D. JUAN OTERO, calle Arriera, núm. 9, Lucena. Domicilio legal del periódico, Cabra.—Número suelt., 10 céntimos.

Año IV. Sábado 12 de Mayo de 1906 Núm. 156

Precios de suscripción.—En Lucena, un mes 0'50 pesetas.—Fuera: trimestre, 2'00; semestre, 3'00; un año, 6'00.—Anuncios y comunicados á precios convencionales.—Pago adelantado.—Número atrasado, 25 cts

## CRONICA DE LAS FIESTAS

### Preliminares.

Bien puede decirse que un número ó dia más de ellas llegó á constituirlo la víspera de las mismas, pues en un pueblo como el de Lucena donde tanto escaséan las públicas diversiones y los días, las semanas y los meses transcurren sin que ningún suceso importante venga á alterar agradablemente la pasividad y monotonía claustral que disfrutamos, la venida de un Obispo que desde hace 16 años no hemos visto en nuestras calles, así como la llegada de una banda de música militar, eran más que suficientes motivos para que el vecindario viese en esos preliminares un dia más de Festejos.

A las once de la mañana de ese dia se veían en la Plaza de Alfonso XII una docena de elegantes carruajes particulares en los que media hora después se acomodaron lucidas representaciones del Municipio, de la Junta de Festejos, del Clero y de las comunidades religiosas establecidas en la Ciudad.

A la hora reglamentaria llegó á la estación el tren correo de Madrid del que descendió el Ilmo. Sr. Obispo de Sigüenza que venía acompañado de un capellán.

Después de rendir al prelado el debido acatamiento y cumpimentarlo tan cariñosa como efusivamente, retornó el cortejo á la población cuyas entradas y calles más céntricas por las que pasó, se veían ocupadas por grande concurrencia que se descubría reverente al fijarse en el coche que ocupaba el venerable y distinguido huésped.

La comitiva hizo alto á la puerta del local residencia de los Revdos. P. P. Agustinos á cuya Orden pertenece el citado prelado.

A las tres; procedente de Málaga llegó á nuestra estación el tren que conducía la banda militar de música del Regimiento de Borbón y con ella como oficial abanderado venía el señor Bares Romero acompañado de dos bellas y elegantísimas señoras que nos dijeron eran, una su esposa y otra su hermana política.

Mucho agradó al público el recibimiento que á dicha banda militar dispuso el Batallón Infantil del que la escuadra de gastadores formó al frente á su entrada en las calles así como la oficialidad y fuerzas disponibles, constándonos que tanto por el citado Sr. Bares Romero cuanto por el director de la banda, aplaudieron la marcialidad é

instrucción de los diminutos reclutas.

Y para que resultase como al principio decimos que ese dia fué uno más de Festejos no anunciado en el programa, aquella noche, la banda militar desde el tablado de la Plaza Nueva ejecutó de admirable manera algunas de las piezas más interesantes de su brillante repertorio, cuya inesperada y agradable novedad atrajo numerosa concurrencia.

### Primer día de fiestas.

Verdadera y muy justificada alegría produjo en todo el vecindario al ver que tras semanas y meses en que el tiempo ha estado trío, lluvioso y bastante desagradable, amaneciese el sábado siendo la temperatura primaveral y así continuase todo el dia y la noche.

A las ocho de la mañana, la banda de Borbón recorrió las principales calles de la ciudad, alegrando al vecindario con los acordes de la Diana.

A las dos y media de la tarde, una nutrida comisión del Ayuntamiento y otras de la Junta de Festejos y del Ejército, en varios coches marcharon á la estación á esperar la llegada del Gobernador Militar de la provincia que venía á favorecer con su valiosísima personal asistencia. En el mismo tren llegó la compañía del regimiento de la Reina de la guarnición de Córdoba.

A las cuatro de esa tarde recibió el Alcalde un telegrama en que el gobernador civil le participaba su salida de Córdoba para Lucena acompañado en automóvil, del diputado provincial señor Villalba Burgos.

Y en efecto, á las ocho y cuarto llegaron dichos señores, saliendo á recibirlos en las afueras el diputado provincial Sr. Burgos Diaz y otras personas.

A las siete de la tarde, la Corporación Municipal bajo mazas, concurrió á la solemnisima salve que tuvo magnifico efecto en la Parroquia de San Mateo invadida en tal sazón por extraordinaria concurrencia.

Desde esa tarde, se empezó á notar en las calles gran número de forasteros que llegaron de los pueblos vecinos.

A las diez lucía la Plaza Nueva bonita y vistosa iluminación, y la brillante banda de Borbón amenizaba con la interpretación esmerada de escogidas piezas, al inmenso gentío que la llenaba.

A poco, dió comienzo en dicho pa-

raje la función de Fuegos artificiales, agradando á propios y extraños las ingeniosas y vistosisimas piezas quemadas, muy particularmente la de los ciclistas, que arrancó aplausos de la concurrencia. Reciban los nuestros los autores de tales fuegos, Sres. Molero, amigos y paisanos nuestros, en cuyos trabajos se nota de año en año los superiores progresos que realizan en esa delicada y peligrosa industria.

Aquella noche prorrumpía el público en exclamaciones halagüeñas al ver el precioso, elegante y vistoso alumbrado á la veneciana que lució el salón central del paseo del Coso, y de ese público escuchamos estas palabras: En verdad que este Alcalde es el sólo para arreglar el abandonado ornato de nuestro pueblo y el mejor, el único para disponer los Festejos de Mayo.

### Segundo día de fiestas.

Y si el sábado fué un dia sereno, limpio y primaveral, el domingo lo fué quizá mejor todavía, motivo esencialísimo al que se debió la extraordinaria llegada de forasteros que vimos en plazas, calles y establecimientos de recreo y que en gran modo contribuyó á dar animación y vida á los festejos.

Si numeroso público llenó la noche anterior las naves del templo de San Mateo, aún mayor fué la concurrencia que á las diez de esa mañana lo llenaba con ocasión de celebrarse con inusitado esplendor la fiesta en honor de nuestra Patrona. De cantar las glorias de la Señora, se encargó el notable y veterano orador lucentino, D. Lucas Rodríguez Lara, y los fieles vieron con grande emoción oficial de Pontifical al Ilmo. Sr. Obispo de Sigüenza, y atisvaban llenos de respeto y curiosidad aquél deslumbrador presbiterio en el que, cual estatuas daban guardia al Sr. Marqués de Campo de Aras, Delegado Regio, cinco números de la guardia civil, cuyo señor se veía rodeado de las más altas autoridades civiles, militares y religiosas.

Los que de antiguo conocemos la oratoria del Sr. Rodríguez Lara, tuvimos ocasión ese dia de ver que el tiempo apesar de su destructora marcha, poco ó nada se ha dejado sentir en las facultades oratorias de mencionado orador, el cual si no es un orador brillante, es el predicador al que más entiende, entusiasmo y comprende el pueblo lucentino. No tendrá en sus sermones esos períodos artísticos, se-

culturales del Padre Calpena, pero sabe llegar mejor que este ilustre orador al corazón de sus oyentes.

La orquesta y cantores de la capilla reforzada por notables artistas cordobeses, contribuyó al brillantísimo conjunto de tan famosa como memorable fiesta religiosa. A la terminación de ésta, veíase á la puerta de repetido templo formada la compañía del Regimiento de la Reina, Guardia civil de Caballería, y la banda de Borbón dispuestas á tributar los correspondientes honores al Delegado Regio. Al aparecer éste, presentaron armas dichas fuerzas, se oyó la Marcha real y en un carruaje subió el Sr. Delegado Regio, acompañándole el General Sr. Muñoz Cobo, Gobernador militar de Córdoba; en otro iban el Alcalde, Sr. Conde de Prado Castellano, llevando á su derecha al Sr. Gobernador civil de la provincia; en otros carruajes, recordamos haber visto al Diputado provincial, señor Burgos Diaz, D. José López Roldán, D. Antonio Chacón Valdecañas, D. Francisco Muñoz Cobo, D. Eloy Caracuel y algún otro señor cuyo nombre no recordamos.

Si número grande de forasteros se notó esa mañana en la ciudad, ese contingente se aumentó después de la llegada de los trenes de Madrid, Córdoba y Málaga, de las doce y tres de la tarde.

A las seis era incontable el número de personas que invadía los establecimientos públicos de recreo de la Plaza Nueva y de aquellas inmediaciones, y en la Plaza se congregaba casi todo el vecindario lucentino, aumentado con los miles de personas llegadas de fuera.

Poco después se abrió el templo de San Mateo y millares de personas esperaban emocionadas la salida de la Virgen.

A las seis y cuarto, apareció la idolatrada Señora á la vista del repetido templo, en tanto que las campanas eran volteadas, cientos de cohetes estallaban en el espacio y un pueblo frenético, delirante gritaba: ¡Viva nuestra Madre!

El astro-rey pareció complacerse en dar realce y esplendor á la venerada efigie al enviar sus últimos y brillantes rayos sobre ella, y en tal sazón la valiosa pedrería de sus vestidos, se abrigó extraordinariamente, despidiendo refulgentes fulgores, mientras todo un pueblo postrado en tierra alzaba la voz y los brazos para vitorearla.

Organizada la procesión, púsose en orden marchando en esta forma: Batidores de caballería de la guardia civil; cruces y estandartes, la imagen de San Juan de Dios, la de Santa Teresa, la de San Agustín, la de San Mateo, la de San Rafael y la de la Patrona. Aseguida cruces parroquiales, Comunidades de Franciscanos y Agustinos, Hermanos Maristas, clero parroquial presidido por el Obispo, Delegado Regio acompañado del gobernador civil y del militar, Excmo. Ayuntamiento bajo banderas, banda de música militar, guardia municipal, fuerzas de infantería é inmenso gentío.

En las calles que recorrió la procesión, veíase apiñada muchedumbre que embelezada contemplaba el esplendor de ella; y de los balcones, numerosas, elegantes y bellas mujeres agilaban sus pañuelos y arrojaban flores sobre la celestial y amantísima Madre del pueblo lucentino.

Llegada la noche, adquirió aún más atractivos la brillante comitiva al encenderse el alumbrado público y particular y quemarse vistosísimas bengalas que con sus luces de variados colores dábanle un aspecto vistosísimo y fantástico.

Al llegar la procesión al llano de San Agustín, hizo alto el cortejo, y desde una tribuna levantada al efecto, por el centro Filarmónico, se cantó una sentidísima plegaria á la Patrona escuchándose entre la concurrencia vivísimas demostraciones de agrado y aplausos por la ejecución de aquella meritísima labor.

Si la procesión que relatamos atraía halagadoramente las miradas de los que teníamos la dicha de verla, esa impresión adquirió caracteres de sublimidad al bajar por la hermosa calle de las Torres cuya anchura, hermosos edificios y la ornamentación y alumbrado de los mismos era magnífica. En las esquinas de las calles del Peso y entrada á la plaza que es el paraje más concurrido de la Ciudad, á la puerta del Café de D. Cristóbal Gómez se quemó un bonito castillo, en tanto que ardían numerosas bengalas en los balcones de las casas inmediatas y subían á la altura multitud de cohetes.

A las nueve y treinta y cinco entró el cortejo en la Plaza Nueva, formaron las efigies de los santos mencionados á derecha é izquierda del centro de ella, hizo alto todo el brillante personal que componía aquel, y al aparecer la idolatrada imagen de la Virgen, estallaron centenares de cohetes, ardieron infinitas bengalas, tocaron locamente todas las campanas: ejecutaron la marcha real las músicas y un ¡viva nuestra Madre! lanzado por muchísimos millares de personas subió al cielo el que en tal momento se veía iluminado por incontable número de luces de infinitos y vistosos colores.

A las diez menos diez penetró la Virgen en San Mateo mientras en lo alto del campanario estallaban los postremos fuegos de artificios de los que quedó unos minutos después un vistosísimo letrero que decía ¡viva nuestra Patrona!

Después se fué desparramando la concurrencia en todas direcciones muy

particularmente en dirección al Coso y sus inmediaciones donde se veían más puestos y tiendas de todas clases que en la mejor de nuestras ferias.

A las doce de aquella noche era todavía enorme el gentío que se veía en repetidas plazas, y entonces visitamos el «Círculo Lucentino» en tal momento frecuentado por la crema de la sociedad lucentina y gran número de distinguidos forasteros de los que formaban parte varias elegantísimas y encantadoras señoras y señoritas.

### El Baile.

Por falta de espacio no nos podemos extender, como fuera de desear, relatando el baile que en el casino lucentino, se verificó en la noche del seis del corriente.

Pero no obstante, hay que decir lo que dicta el corazón, rindiendo merecido homenaje, á la citada reunión. ¿Por dónde he de empezar? cierró los ojos y me dirijo á el paraíso señalado por la ardiente imaginación del poeta.

Mujeres, (¡no me gusta esta palabra vulgar!) Angeles vestidos de azul y blanco, hermozeaban y aromatizaban el salón, proporcionando más de un mareo a los bizarros oficiales del Regimiento de la Reina.

La orquesta como siempre amenizó el baile con escogidas piezas, y la tanda de rigodones fué ejecutada con la maestría que les caracteriza á las hadas lucentinas que constituían un cuadro encantador adornado por señoras y señoritas forasteras que me hicieron exclamar: ¡viva Cabral, ¡viva Antequera tan bien representada por la señorita Carmen, cuñada del bizarro teniente abanderado de Borbón señor Borez Romero.

Tengo un sueño que no me deja, y me retiro con sentimiento de no poder continuar viendo el pedazo de gloria que constituía el salón de baile del «Círculo Lucentino.»

### Tercer día de fiestas.

Cuando sin haber podido dar al cuerpo el suficiente descanso nos despertaron á las siete de la mañana del lunes y nos fijamos en que un lijero toledo de nubes enturbiaba el cielo, nos dijimos: ¡Qué suerte más derecha favorece este año á la Junta de Festejos, pues cual si en su mano estuviese el dirigir el firmamento, nos trajo dos días azules, esplendorosos, y en previsión de que si las horas de esta mañana eran algo molestas porque brillase y calentase demasiado el sol, ha colocado ese precioso é improvisado quitasol de nubes que cubrirá las cabezas de los que tenemos que oír la misa de campaña.

El mes de las flores, y la naturaleza se viste de gala para que todo lo que encierra dentro de sí, saquen sus trapiques nuevos á relucir. El Sol con su manto de oro y envuelto en su gasa de azul purísimo, se manifiesta más hermoso que nunca. El ruiseñor, eleva sus preces al cielo, con su canto incomparable y respira el aroma que exhala el árbol que cobija el altar situado en la parte S. del Paseo de Rojas, donde hubo de celebrarse la misa de campaña.

Todo el pueblo acude al paseo con un orden y compostura digno de el que se dispone á oír la misa.

Llega la compañía del Regimiento de la Reina, que forma en columnas de secciones, y á la cabeza la música del Regimiento de Borbón, dirigida por el maestro D. Ramón Moreno, cuya batuta es una perla del arte de coordinar los sonidos.

A la cabeza de la compañía, se halla el bravo y bizarro Capitán, D. Francisco Ruiz del Portal y en sus secciones respectivas, los brillantes oficiales, señores D. Antonio Marquez, D. Juan Guzmán y D. Antonio Pérez, cuya bizarría y aire marcial la envidiaría cualquier oficial del Ejército mejor de la Europa.

La veterana y nunca bien retribuida G.C. despeja el centro del salón de Rojas. Óyense el ruido de varios carruajes, y anúnciase la proximidad del representante regio, Sr. Marqués de Campo de Aras, y al poco tiempo la música toca la Marcha Real, se presentan las armas, y aparece en la escalinata del paseo, un grupo digno de respeto y admiración por su representación y brillantes uniformes. Componían el acompañamiento del regio comisionado del bravo, bizarro y perfecto caballero General de Brigada y Gobernador Militar, de Córdoba y la provincia, Sr. Muñoz Cobo. El señor Gobernador Civil lumbrera de la política española, el íntegro y entusiasta por Lucena, Alcalde Conde de Prado Castellano, el bravo y bizarro Comandante, D. Eloy Caracuel que tan brillante comportamiento obtuvo en la última campaña de Cuba y el Teniente Alcalde, Sr. Lucena, joven de revelantes prendas y otros que sentimos no recordar.

Todos estos señores, se colocaron á derecha é izquierda del altar y empezó el sacrificio de la misa, por el señor Capellán de nuestra Patrona. Óyense los acordes de la música, que tocó la Bohemia y el ruiseñor con sus trinos le acompañaba, este conjunto de armonía repercute en el corazón del pueblo lucentino, cuyo recogimiento no desperdicia ni una nota de aquellos ecos que parecen venir del cielo para solemnizar el acto.

Todo es pálido para reseñar el hermoso cuadro que presentaba el salón de Rojas. Orlado por las mujeres de Lucena, que por su hermosura y gracia, le dán sin pensarlo, fuego y vida á una estatua de marmol.

Se termina la misa, y en la misma escalinata por donde entró el acompañamiento y regio delegado, se para y presencia el destile de nuestra sin par infantería, que da muestra de una sólida instrucción y marcialidad de que puede estar orgulloso su digno Coronel y demás jefes y oficiales del Regimiento de la Reina.

Después, todas la autoridades, suben en coches, acompañados por el señor Teniente Coronel, Comandante militar de Lucena, Comandante del Batallón segunda reserva y el simpático y entusiasta Capitán, D. Manuel Ariza y otros.

Del día 7 se acordará siempre con gusto el noble pueblo de Lucena.

A las dos de la tarde, tuvo lugar en el salón de actos de la Agricultura Lucentina el Certamen Agrícola, anunciado, y tuvimos la satisfacción de ver ocupada la presidencia por el ilustrado y excelente Sr. General de brigada, Gobernador militar de la provincia D. Diego Muñoz Cobo, persona tan apreciable como estimada en Lucena.

Abierta la sesión, usó elocuentemente de la palabra el presidente honorario de mencionada colectividad y querido amigo nuestro, D. Antonio Vibora Blancas, cuyo señor, después de dirigir un respetuoso y cariñoso saludo á la presidencia, aunque ligeramente demostró sus vastísimos conocimientos en el estudio del problema obrero que actualmente conmueve á todos los pueblos.

En su magistral discurso se ocupó de la implantación del Homestead americano; de la venta á censo de los terrenos del Estado; de los bonos territoriales de Brema y Cédulas a portador, de Costa Rica; y al dar cuenta del resultado que había ofrecido la convocatoria del Certamen que por la Agricultura Lucentina se celebraba en tal momento, nos enteramos, que los trabajos recibidos por el Jurado calificador, se elevan á 21, sobresaliendo entre ellos dos, uno titulado, *Procedimiento para aumentar la producción olivarera*, del Sr. López de Andujar y el otro, *Medios para favorecer á los trabajadores sin perjuicio de la libertad del trabajo*.

Después, el presidente señor Muñoz Cobo, en breve y elocuente discurso dió las gracias á los que debido á sus bondades le habían concedido el honor de presidirlos en tan importante acto, y les exhortó á que perseveren en el camino tan acertadamente emprendido, y aplaudió el espíritu ordenado, legal y juicioso que informa la vida de la Agricultura Lucentina, así como también su administración honrada é irreprochable.

Tanto á mencionado señor cuanto al que le antecedió en el uso de la palabra se le tributaron calurosas demostraciones de aplauso y simpatía al finalizar sus notables discursos.

La concurrencia fué numerosa, y el entusiasmo grandísimo en todos los concurrentes al relatado acto.

Á las cinco de esa tarde en el amplio y precioso patio-jardín, del palacio de los Sres. Duques de Híjar, dió comienzo la *Kermés* anunciada en el programa de Fiestas, y media hora después penetraban en aquel paraje llevando superiores mantones de manila la mayor parte de ellas así como todas, magníficos claveles en el cabello, las distinguidas y bellas Sras. D.<sup>a</sup> Cecilia Burgós de Muñoz Cobo, D.<sup>a</sup> Victoria Chacón; y las dislocantes, preciosas y sugestivas Srtas. Araceli Flores Santaella; Laura Briz; Elisa Fuentes; Joaquina y Pura Ortiz Repiso, María Cordón, Mercedes y Fausta Montilla; María Moreno, Ramona Palacios, Carmen Valdecañas; Constanza y Pilar Álvarez Sotomayor; Rosa Pobaciones; señorita Vidal; Clotilde Flores; Encarnación Martínez; Joaquina Ruiz; Paulina Bergillos y Magdalenita Burgos.

A la llegada de la banda de Borbón

empezó á notarse la esperada animación, y después de obsequiar aquellas lindas camareras á las 24 niñas y niños pobres con bonitos canastitos que contenían la merienda conque se les obsequiaba, entraron en acción aquellos ángeles ó diablillos, y era de ver el mágico modo que empleaban para sacar á los parroquianos la plata del bolsillo, bastándonos con decir que jamás hemos sentido tan amargamente el tener poca plata y ningún papel como aquella tarde. ¡Vaya unas vendedoras de vinos, de jamón, de tabacos y dulces y demás incitantes articulillos! ¡Qué caras más divinas! ¡Qué ojos más incendiarios! ¡Aquello no era para bello ni para *sentillo*, y casi no quiero recordarlo!

De vez en cuando tocaba la música de Borbón y cuando ésta terminaba, oíamos á los mejores *cantaiores* de flamenco ó á los más notables cantantes, gracias á una maquina habladora colocada en aquel inolvidable patio ó paraíso de Mahoma. Por último, á las diez de la noche después de haber bailado algunos rigodones, desfilaron aquellas hadas y *hadós* satifechísimos y dispuestos para continuar el baile, unas dos horas después en el «Círculo Lucentino», del que nos dispensarán los lectores su revista, por faltarnos tiempo y pluma para describirlo á grandes rasgos cual deseamos.

Nota final: Si el Altísimo quiso ser crucificado por darse una satisfacción asimismo, el noble Alcalde de Lucena, imitando al Redentor, creemos que debe de estar satisfecho de sí, como el pueblo de Lucena unánimemente lo está de su dirección acertadísima, admirable é irremplazable en las Fiestas de Mayo.

X.

## UN DIA FELIZ

Para Soledad.

....Eran las diez de la mañana; los rayos solares bañaban de aurea lumbre el verdor de los campos; ni una sola nube empañaba la diáfana purísima del cielo; las ondas del aire traíannos oleadas de perfumes; el día era hermoso, soberbio, esplendente.

Mientras el eco alegre de nuestras canciones y nuestras risas llenaban de múltiples sonidos el espacio, allá en Madrid las filas de soldados cubrían las calles; reverberaban con intensidad sublime los cascos, los sables, los fusiles, las espuelas; las bandas militares tocaban himnos tristes, muy tristes; las más altas representaciones de nuestras clases gobernantes depositaban coronas al pie de un pedestal de piedra; en suma, conmemorábase la fecha heroica en que la virilidad del pueblo bajo madrileño supo castigar sin otras armas que las del patriotismo y la navaja la indómita soberbia de las tropas bonapartistas... era el Dos de Mayo.

Invitado por una Sra. de tan extraordinaria belleza como trato agradable pasé el día en la Fuente de la Teja. Allí nos reuníamos, en las mujeres, la gracia, la juventud, la belleza, la alegría; en los hombres, el entusiasmo, en los más la juventud; y en todos la dicha.

Corrían las muchachas con alborozada locura; aquel día no se trabajaba; no saltarían de sus rosados dedos gotitas de sangre al ser heridos por la aguja; no tendrían las espaldas encorvadas ni fijadas las pupilas en los *eternos* tramos; ¡quién! su *maestra* las convidaba y tocaba reír, gozar, bailar. No sé que extraña influencia ejercían sobre mi aquellas muchachas, pero lo cierto es que á *todas* las quería con cariño inmenso, con pasión sin límites. Y es que la figura de la modista, de peinado airoso, de andar inimitable y con la sonrisa vibrando en los labios, trae á mi mente la mujer que desde las ocho de la mañana hasta igual hora de la noche trabaja sin descanso por ganar (*cuatro reales*)! No son las encopetadas señoras á quienes cosen sus terciopelos y sedas las que llaman mi atención; no, no son ellas; vosotras sois las que cantó Pedro Antonio de Alarcón, las que dais el clasicismo bello á Madrid, sois vosotras infatigables obreras las que constituís lo poco de noble que aquí existe; por eso cuando contemplo vuestras cabelleras, unas callendo en ondas de ébano sobre la frente y orejas, y las otras las que forman complicadas torrecillas con vuestros bucles de oro, cuando miro el brillo de las botinas que aprisionan vuestros lindos piecitos, cuando me fijo en la limpidez de vuestros *bajos* desprecio á esa aristocracia femenina imbecil é inútil que solo sirve para pasear y divertirse y pienso con orgullo en vosotras que sois honradas trabajadoras y sufridas.

Entramos en un merendero y un manubrio comienza á preludiar un vals; impulsados por el mismo deseo bailamos todos en loco torbellino, con rapidez vertiginosa; queremos olvidarlo todo; vosotras, que nuevamente encorvais las espaldas y os despellejareis los dedos cosiendo galas á las ricas; yo, sin querer acordarme que la rutina de la vida y las desigualdades humanas otra vez entristecerán mi ánimo.

Ha sonado la hora de comer; humea en los platos la tradicional *paella*; el negro color del vino mancha raramente lanitida blancura del mantel; no sé que encanto tenía la mesa, mas lo cierto es que me conmoví. ¿La causa? No sé; pero el tintineo de los vasos, el sonido de las risas, las frases humorísticas cruzadas al azar, las flores resaltando en los cuadros del jardincillo y el astro rey despidiendo lumbre, calor y vida en las altas regiones celestes, traían á mi alma sensaciones ignotas; placeres indefinibles... se acaba la comida y nuevamente vuelve á sonar el pianillo, se reanuda el baile y entonces, bellísima Soledad, me fijé en tí y te invité á bailar. ¿Que ví? Vi enmarcada tu cara por unos cabellos blondos y ondulantés cual si tus bucles se mecieran en un lago de oro, vi tus hermosos ojos azulinos revolverse en las órbitas cual si en ellas se agitara un mar de goces, de venturas y supremas voluptuosidades; vi palpitando en tus labios de rosa besos ardientes y palabras de fuego; sentí en mi rostro el hálito embalsamado de tu boca; en convulsa febrilidad estrechaba tu cintura esbelta como queriendo fundir tu cuerpo con el mio y estratificar mialma con la tuya; seguimos bailando hasta que rápidamente enmundeció la música; entonces te solté y yo mismo me preguntaba si eras una alucinación de mi exalta la mente ó bien la mujer

soñada que viene á borrar con sus bellezas las inmensas pesadumbres que me matan.

Empieza á declinar la tarde; la gentil y galante Sra. que me invitara dió la voz de levantar el *campo*; nos pusiéramos en marcha al tiempo que principiaban á parpadear las estrellas; todos reían mientras yo te hablaba y pensaba á la vez que de humilde obrera que eres y por la sola virtud de tus encantos has sabido elevarte á la categoría de reina y diosa; si, tu reinas en mi alma y te eriges como diosa en el altar de mi corazón...

Julio G. de Montilla.

## A María Santísima de Araceli

SU BELLEZA.

¿Qué hablar de bellas flores al ver tu cara preciosa, ni al oír tu voz melosa pensar en los ruseñores? A qué contemplar primores en la pintada natura, si en tu angélica hermosura puede el poeta inspirarse y del Parnaso elevarse á su más sublime altura?

Pero ¡Ay! que aunque yo quiero tus gracias cantar á coro, entre otras plumas de oro la mía es de duro acero. Quién osa, pues, altanero, bendecir lo que es bendito? Un pecador vil, maldito, puede hablar de tu pureza?... ¿Qué toque á tu belleza que es cosa del Infinito!

J. Algar Danel.

## PRIMAVERA

Ya vuelven las oscuras golondrinas con sus alegres trinos, ya nuestros sentidos se enervan dulcemente aspirando con delicia los perfumes que el aire nos conduce de los floridos prados y nuestra alma envejecida y triste por las heladas brumas del invierno rejuvenece al soplo de la templada brisa estremeciéndonos con esos deseos vagos y anhelosos de lo indeterminado que es el desbordamiento de las almas jóvenes al dilatarse.

Ya nuestras bellas substituyen los oscuros y gruesos vestidos del invierno avaros de sus formas por otros más ligeros de verano tras cuyos artísticos y delicados pliegues podemos admirar su gentileza, ya la sabia de la vida al elevarse concéntrase en la negrura de sus ojos con fulgores de terrible incendio y en los balcones de nuestras calles irguiéndose entre tiestos de rosas y claveles podemos extasiarnos contemplando mil rostros hechiceros que acreditan la clásica belleza lucentina.

En uno de estos, hállase al atardecer de un hermoso y claro día de Mayo, una preciosa niña de frescos labios que prestan rojo á los claveles que la rodean.

Con visible impaciencia dirige al extremo de la calle sus velados y profundos ojos por los que cruzan á intervalos fugaces relámpagos que iluminan por un instante el cielo que oculta tras la negrura de sus pupilas.

Súbitamente sus mejillas se colorean aumentando el brillo de sus ojos con expresión de radiante felicidad. Al extremo de la calle acaba de aparecer la acicalada figura de un imberbe doncel en cuya diestra luce un magnífico ramo.

Avanza lentamente con afectada gravedad y rigidez que desmienten sus pocos años, el untoso y perfumado pelo esmeradamente peinado y en lo rítmico de sus ademanes que él disimuladamente observase descubre uno de esos pretenciosos pollitos prendados de sí mismos que calcan su figura del último figurín y que diariamente antes de salir á robar corazones abren cátedra de elegancia y distinción ante la clara luna de un espejo.

Nótase sin embargo que conforme la distancia acorta sobrecógele visible turbación, su apostura y rigidez desaparecen y en el lamentable estado de un beodo que no acertara á andar, llega frente á donde está la hermosa; dirígela una mirada turbia por la emoción que ella corresponde con otra concentrada y acariciadora que envuelve mil promesas y con el rostro sudoroso y angustiado saluda torpemente, se ruboriza y vase seguido por la mirada pesarosa de la niña que un violento acceso de despecho exclama con enojo ¡Primavera!

Después, no pudiendo reprimir un monísimo mohín de disgusto y decepción se vuelve y acerca distraída su lindo rostro á la rejilla de una jaula suspendida en la pared sintiendo en su abstracción un secreto placer en abandonar sus rojos labios al canario que los picotea con avidez creyéndolos dos fresas.

C. Calero.

## GACETILLAS

Nuestros huéspedes de las pasadas Fiestas

Entre los muy distinguidos que durante indicadas fiestas han dado con su asistencia personal, importante relieve á las mismas, lo fueron y hemos tenido el gusto y la honra de estrechar sus manos de los Sres. San Martín, gobernador de Córdoba y D. Manuel Villalba y Burgos exdiputado á Cortes. Ambos señores militaron un día en el partido Castelarista ó republicano posibilista, y ambos, el primero en Granada y el segundo en nuestra provincia desempeñaron los más preheminentes cargos en tal agrupación política, y ambos por su ilustración y verdaderas dotes políticas, eran estimadísimos en sus respectivas provincias y apreciadísimos por aquella incomparable figura de nuestro parlamento que se llamó en vida Emilio Castelar.

Cuando dicho famosísimo tribuno y admirable patriota licenció su huerte, esos señores cumpliendo los deseos é indicaciones de su jefe ingresaron en el partido liberal donde el señor San

